

REBELION

PUBLICACION SEMANAL

Redacción y Administración: Campo Sur, núm. 39

Paquetes de 30 ejemplares 2'50 pesetas.

Id. de 15 id. 1'25 id.

Número suelto, 10 céntimos

DE LOS ARTÍCULOS PUBLICADOS RESPONDEN SUS AUTORES

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

SUSCRIPCION

España y Portugal, un trimestre, 1'50 ptas.; un mes, 0'50.
Extranjero, un trimestre, 3 pesetas.

ANTE LAS PELEAS VENIDERAS

LOS ANARQUISTAS Y LA TERCERA INTERNACIONAL

Terminó el Congreso de la Confederación Nacional del Trabajo—cuya crítica no vamos a hacer nosotros hoy—y uno de sus acuerdos ha sido el ingreso del Sindicalismo español en la Tercera Internacional, la residenciada en Rusia, la que enclava su sede en Moscou. No está mal.

Pero, ¿y nosotros?... ¿qué hacer?...

Cuando en 1830, con la introducción del maquinismo industrial en Inglaterra vino la gran crisis operaria que originó aquella campaña de sabotaje contra los telares mecánicos, en las hilaturas, las uniones inspiradas y organizadas por Roberto Owen, fracasados sus ensayos cooperativos y mutualistas, dirigieron sus pasos a inteligenciarse con los que en igual situación que ellos padecían por las mismas causas en el desamparo de su aislamiento, en la totalidad de los países. Este fue el punto de partida para la primera Internacional. Y ella se llevó a efecto más tarde, por la inteligencia de las uniones inglesas que llevaban como lema la ideología e inspiraciones de Owen, con los prohudonianos franceses, a los cuales se adicionaron los jacobinos blanquistas y los comunistas materialistas de las organizaciones secretas alemanas, de entre las cuales destacáronse después Federico Engels y Carlos Marx.

El apogeo y fin de esta vasta organización, no hay por qué describirle ahora. Es de sobra conocido y sabemos la pugna surgida, entablada por Bakounin contra la pretendida hegemonía de Marx al frente del Consejo de Londres.

Pero rota esta organización, en el octavo decenio del siglo pasado, del siglo diecinueve, creóse otra: la Segunda Internacional. Este nuevo organismo reanimado con el amalgamamiento de todos los sectores del socialismo de Estado, se vió acerbado a puñaladas, tanto por las secciones francesas, belgas e inglesas, como por las austriacas y alemanas, en 1914. La delegación de esa Internacional sabemos que se puso en todos los países en guerra sin excepción, para defender el principio de «patria» que habían combatido, al servicio de sus respectivos gobiernos, renunciando a la revolución y traicionando a «su Internacional».

Concluida la guerra y dividido el marxismo en «revisionistas científicos» y «comunistas revolucionarios», la primera «serie», que es el denominador común de toda la «mealla» de políticos, arribistas y traidores que aún vive en la post-guerra, en convivencia con los Estados y la burguesía, pretende dar vida a un muerto «resucitando» la Segunda Internacional que ellos mismos asesinaron. Los otros, los llamados «comunistas revolucionarios», son los que componen el ala izquierda, el extremo radical del marxismo, los que conservan el fuero, ardor y pureza de esa escuela, y que hoy más conocemos por «maximalistas» o «bolchevistas», que son los que levantan la

Tercera Internacional en esa gran Rusia.

H-cha esta vulgarización necesaria, si no a todos, sí para muchos de nuestros lectores, quedamos sólo ahora contestar este interrogante: ¿Qué posición ocupa el Anarquismo—frente a la «Segunda» ya no hay que decir—ante la Tercera Internacional?

Si la primera Internacional se rompió por la incompatibilidad y pugna de los dos idearios (socialismo anarquista y socialismo autoritario), la «Tercera», que nace fiel espejo de la primera, no ha lugar a integrarla. Ella va a conferir al pueblo la égida del federalismo desmembrado, diseminado, parcelario, sí, pero latente, del Estado, en el control inteligenciado de los «soviets». Ella va a transferir la autoridad, el poder de una clase a otra. El Anarquismo no puede transigir con eso. El no quiere trueque de papeles, cambio de oligarquías, trasunto de tutelajes. El quiere la destrucción del Estado, el fin de las oligarquías, la abolición de la autoridad, la desvinculación del individuo de la subyugación oprimente y vejatoria de todo dictado que no emane en la soberanía de su YO, del fuero de su conciencia para hacer su voluntad.

El anarquismo no es ideario de clase; es aspiración a la emancipación integral de la Humanidad, y no puede darse por satisfecho con lo acaecido en Rusia. Aquello es la tradición de las escuelas de Babeuf, Buonarrotti, Considerant, Saint-Simón, Blanqui, Barbis, Owen y Marx, y frente a ellas hay otra pretensión tradicional, la de las escuelas de Godwin, Proudhon, Bakounin y otros, que es la nuestra, que por ella luchamos y por ella moriremos.

Nosotros no queremos «falansterios», queremos comunas libres de individuos libres e iguales. No queremos autoridad, ni libertad en «ukases»; queremos solidaridad, apoyo mutuo; libre acuerdo para llevar a buen fin los derechos de todos; para dar curso y fruto en la paz y armonía a las iniciativas de todos; que cuando la conciencia de un individuo le incline a realizar su voluntad sin perjudicar el haber de otro, no tenga que abstraer su imaginación para «ortear la responsabilidad», por la más leve vulneración de las restricciones de un tomo de «derecho escrito»; por hacer omisión de las reglas y violaciones de ningún código.

Y como los anarquistas queremos esto, a lo cual se oponen los marxistas, no podemos ir con los marxistas, no queremos integrar la Tercera Internacional.

Frente a ella, nuestra posición, es al mismo tiempo que de simpatía, hoy, por adhesión a los Estados capitalistas que la acorralan, de expectativa para mañana. Si hoy ante los ataques de enemigos más odiosos la defendemos, mañana, cuando pretendamos imponernos sus normas, nos levantaremos contra ella, porque las consideramos opresoras.

Nuestro puesto está en la Internacional

Anarquista, que está pidiendo con urgencia la celebración de un Congreso para constituirse.

Este es nuestro criterio.

LA AUTORIDAD

Hablamos del principio de autoridad.

Es la violencia consagrada, impuesta con dolor; afianzada en la ley como letra y ejercicio de un derecho; es la abrogación de primicias de la soberanía agena, arraucadas airadamente, a golpe artero, en el asalto al patrimonio de los pueblos, por caballeros de caminos, por ladrones de encrucijada. Es el capricho del más fuerte en victoria imponiendo su hegemonía, la canallada impuesta por el terror en armas contra el pueblo. Decir autoridad es decir crimen civil, atentado social, porque el más réprobo, de estos que se puede cometer, es el de imponer a otro el ejercicio de actos contrarios, ajenos, odiosos a su voluntad.

La autoridad nació, como la propiedad, de un acto de astucia y de un alarde, del primer triunfo de la fuerza del hombre contra el hombre, para iniciar la vigencia del privilegio. Ella encadenó al hombre para explotarle y dominarle. Es la cualidad, la virtud, el galardón inseparable a través de la Historia, de todos los renombrados bandidos. Es la superposición de un «YO» sobre otro «YO», vulnerando la lógica de las leyes naturales, en merma de los atributos de la vida; en contra de la Razón y el Derecho, que a nadie cedió égida para levantar el brazo, para ejercitar tutela y potestad lesiva y onerosa sobre otro.

Data de la comisión del primer crimen de lesa humanidad; y se conserva, en el tiempo, a través de la sucesión de una cadena de criminales que se transmite el usufructo vitalicio, la violación de la equidad en la dirección de los destinos del mundo.

Ha tenido su razón de ser, por la cobardía y disciplina del pueblo, pero como ésta, ya agoniza. Los sofismas de los turiferarios oficiales que en las aulas enseñan «educación cívica» dicen que ella es necesaria y surgió, como estamento de la sociedad, para castigar los actos antisociales, para contener las demasías y labrar el orden y la tranquilidad. Mas esto es mentira, no lo creáis; porque la autoridad sólo fue hija de la dominación, de la imposición alevosa, airada de un hombre; después, de una casta; hoy, de una clase. Se creó para defender, para auxiliar, para salvaguardar la rapina, los frutos del pillaje: es el reducto de los ladrones.

Debe desaparecer. Como consagración intensa de la violencia, para desplazarla, son justificables todas las violencias.

MACARIO.

¡GERMINAL!

¡Sangre!... ¡más sangre! En Lopera (Jaén), la semana anterior volvió a reproducirse la tragedia. Otra vez el pueblo hubo de ser ametrallado en las calles. Otra vez la guardia civil acometió, derribó a balazos a aquellos que trabajan la tierra para que ellos coman. El drama es eterno, no hay ya

rincón hispano sin reliquia de sangre, derramada por los salvaguardianos del orden. Sangre... más sangre... un muerto y ocho heridos quedaron en el suelo. La pluma vibra de coraje y se encabrita apuñalando el papel al narrar la tragedia... Sangre... más sangre... y casi siempre de los nuestros. ¿Para cuándo justicia? Paciencia... siempre paciencia ¿hasta cuándo?... Pero ella se agotará algún día ¡ay del día! ¡ay del día que ella expire y dé los postreros zumos de sus heces!...

Esa sangre es de la nuestra, nos pertenece, nos duele mucho; al correr ha sembrado odios, jodios, sí! más odios... ¡¡Germinall!; porque ella pide venganza...

¡Ave esbirros!... ¿quién sois!...

''La Guerra Social''

Este semanario, suspendido momentáneamente a consecuencia de la huelga de impresores y de la detención del compañero Carbó, volverá a publicarse la presente semana.

La difícil situación económica del mismo nos obliga a pedir a cuantos tienen cuentas pendientes con la administración, las liquiden en seguida.

Dirigid correspondencia, giros, originales, etc., a la misma dirección, o sea calle Fresquet, 39. Valencia.

EL GRUPO EDITOR.

A TODOS

No obstante nuestra nota del 2.º número, continuamos sirviendo todos cuantos pedidos se nos han hecho, atendiendo a las necesidades de la propaganda, y esperando que por amor a las ideas los individuos correspondieran a las necesidades del periódico. Pero con harto dolor vemos que hay quien, llamándose anarquista, hace con las ideas negocio, *modus vivendi* como cualquier mercader. Hay individuo que recibiendo el periódico desde su primer número, se atreve a pedir aumento en el número sexto, sin haber enviado aún ni un céntimo, ni intención de enviarlo.

Aparte de esto, los donativos recibidos no alcanzan a enjugar el déficit originado en los tirajes publicados.

Ante estos datos que damos y que ponen en peligro la vida del periódico cuando más falta hace, nuestro deber es desplegar todas nuestras energías para salvarle. Así, pues, a más de encarecer a todos los suscriptores y paqueteros, lo mismo a los que adeuden mucho que a los que adeuden poco, que se pongan rápidamente al corriente en el pago si no quieren que REBELION desaparezca; nos vemos obligados a adoptar una de estas resoluciones: o disminuir el tamaño o aumentar el precio del paquete y medios paquetes.

Disminuir el tamaño ante las colosales agitaciones que se avecinan, es degollar la propaganda, es en desdoro de la Anarquía y menoscabo de la Revolución. Por eso, hasta que el aumento de nuestras ediciones nos permita llevar adelante REBELION, la bandera de nuestros amores, el emblema de

nuestros entusiasmos, renunciando a esta transitoria medida, decidimos gravar el coste de paquetes y medios paquetes con 50 y 25 céntimos respectivamente; esto es: en lo sucesivo, paquete de 30 ejemplares costará 2'50; medios paquetes de 15, 1'25.

Creemos que todos nuestros amigos y camaradas sabrán acoger estas medidas con la simpatía y benevolencia que requiere y merece la causa que las inspira.

¡Todo por la Anarquía, amigos!

PINCELADAS

LA REBELDÍA

La Rebeldía es muy bella; tiene alas, vuela, asciende...; de la libertad del hombre, el ángel que la defiende. Nace en la misma Conciencia... del grito, el golpe, la acción, la Rebeldía es la esencia. Contra el yugo y las cadenas, para inmunizar el YO, ella arma el brazo viril en subversiva protesta; ella da vigor al paria de ciclón y de insurgencia. Es el valor de la sangre que grita, se alza y pelea. Igual que un toro arremete contra la ley hecha un libro, cantando besa el peligro, riendo llega a la muerte... Caer, se levanta en seguida, echa al olvido la herida y se presenta más fuerte... siempre es estrella en la frente; ascua y flecha en nuestra mente; por que es bandera y es polo: norte y bandera de vida...

La Rebeldía es hoy santa; porque es brazo de la Idea que se levanta pujante... Alma de las tempestades; en el tiempo y las edades, ella levantó la gente; ella inquietó a los tiranos, forjó la chispa rugiente, puso el puñal en las manos y la revuelta en la calle...

La Rebeldía es el ave de la insurrección que viene, del despertar de la plebe, de la Gran Revolución, que ni cristo la detiene...

Trino de hachas, luz de teas tiene la aurora de oriente que en pugna y lucha porfia por iluminar las frentes... ¡Rebeldía! ¡Rebeldía! que hay que ayudar a esa gente...

La Rebeldía es muy bella; tiene alas, vuela, asciende...

GUILLERMINA.

Nuestra Prensa

¿Hombres libres?

Es bochornoso lo que ocurre con nuestras publicaciones, mejor dicho, con la prensa avanzada, con los periódicos revolucionarios, sean de rompe y rasga (y no se enfada nadie por ello), sean de orientación y doctrinarios con buen sentido y mejor táctica y caletre; y nada de extrañar tiene si los que saben manejar la pluma y ejercitar la testa con algo más que con frases gruesas y términos vagos y a veces risibles, no figuran entre las firmas de nuestra prensa, de esa prensa que quiere ser orientación, guía y plinto de un mundo mejor.

A fuer de sinceros hemos de confesar (y repito que nadie se enoje por estas mis opiniones que contra nadie van, aunque todos sería bueno pensáramos en ellas y lo que significan), que hace muchos años que estamos evidenciando la floja mentalidad ideológica acrática, excepciones raras, la decadencia de nuestras concepciones y la fofa estolidez que nos envuelve tornada del medio ambiente ya que en todos los órdenes fljeza mental, decadencia moral y fofez estólida predominan, marcando un estado social involutivo que asusta.

Pero parece que en lo que al ideal se refiere, y a sus luchadores especialmente, no debería ser así ya que mejor debería manifestarse perfección, serenidad, criterio reflexivo, comprensión elevada y digna, y, más que todo, acción solidaria consciente y volitiva en progresión elevada; sin embargo, y triste es confesarlo, no aparece tan bello anhelo; y es que sólo nos entusiasma-mos o se entusiasma a las masas; sólo se procura lo bullanguero y trivial, sólo se procura bombo y hojalata, sin preocuparnos del criterio, de la solidez de convicciones, de la realidad de los hechos, buscando número y no calidades, buscando rebaño,

masa, y no seres conscientes que sean cifras de valor... y estas masas estragadas, cansadas, de los desengaños de los jefes políticos, que deberíamos cultivar y concienzar para que fueran algo propio y libre, aunque de ellas sólo quedara un reducido tanto por ciento, se entusiasman de momento sin mantener el calor y la fe en el ideal que da un criterio arraigado por el estudio y la observación propia y serena. ¿Así se forman hombres libres? No.

Ya sé que muchos supondrán exagerados mis decires; que lo atribuirán a pesimismo tal vez, pero una existencia de un cuarto de siglo siempre en la brecha sin una claudicación ni una debilidad, sin alardes y sin ostentación, sin buscar aplausos ni glorias fáciles de obtener de estas masas amorfas que zumban alrededor de las ideas, creo que deben representar algo para que se dude del opinar de quien los emite. Pero por sobre esto aún, que después de todo poco representa, está la realidad de las cosas que nadie puede negar, y esa realidad la vemos reflejada en las páginas de nuestra prensa por un lado, y en la vida de la misma por otro, y al decir nuestra prensa claro está que me refiero a la libre y rebelde, a la que se debe al esfuerzo de algunos abnegados y no a empresas; digo al esfuerzo de algunos abnegados, porque es así únicamente que logran salir algunos periódicos, algunos números, hasta que no pueden más, ya que el esfuerzo y solidaridad de los demás no se evidencia ni es constante y mantenido, como debería ser, tratándose de hermanos de ideal, de compañeros de lucha, de hombres que blasonan de libres... ¡libres!

Es a manos de esos hombres libres que muere nuestra prensa; es por la indiferencia y abandono de esos compañeros, que no hay, que no puede haber prensa; es así como ha muerto *Acracia*, *Fructidor* y otros muchos, por no remontarse a tiempos pasados, como los de *La Protesta*, *Consario*, *Acción Libertaria*, *Porvenir del Obrero* y tantos otros que valía bien la pena haberse podido continuar; es por culpa de esos hombres libres que están a punto de perder definitivamente *Guerra Social*, *El Reflector*, *Reivindicación* y otros, teniendo en cuenta que si algunos pueden salir, es por el esfuerzo de los pocos abnegados y de algunos sindicatos que cuentan en su seno o en sus juntas algunos influyentes que así lo proponen.

Es doloroso, es triste, es muy de lamentar que no podamos contar con algunas publicaciones fijas que duren años, que se continúen a pesar de las persecuciones, que

no es por éstas que mueren nuestras publicaciones, sino por los correspondientes, suscriptores, lectores, grupos, etc., que no pagan el papel que piden, que se les manda o que deberían apoyar, pues en vez de girar anticipadamente el costo de los ejemplares que piden por nota en cualquiera publicación, se conforman con recibirlo y... olvidarse de rendir cuentas, esperando desahogada a los diez o doce números de salida. Pero más triste es que esto ocurra porque la mayoría de estos hombres que se dicen libres en estas minucias de la vida y del fuero interno, no lo sean ni un ápice, puesto que cuando se les afea su comportamiento, se escudan con la falta de trabajo, poco jornal, enfermedades, muchos gastos, etc., pero este pequeño sacrificio que reclaman las ideas y su prensa, si es que sacrificio puede llamarse, bien lo hacen para los vicios, para las cosas superfluas y perjudiciales, como el tabaco, alcohol, cupletismo, cine, etc. Estamos viendo cómo el tabaco ha subido de precio, y estos hombres libres se han sometido mansamente... pero siguen fumando a pesar de costarles mucho más de lo que reclama nuestra prensa para poder vivir; y lo mismo podríamos decir del alcohol, cupletismo, toros, cine, etc., cosas que sobre no ser de primera necesidad, son perjudiciales al físico y a la mente... y que los hombres libres no saben abandonar en bien propio primero y del ideal después.

Sabemos enriquecer (es decir, saben), a la Tabacalera, a las compañías alcoholeras, a las empresas de toros, cabarets, cafés, bares, cines y cuanto el capital crea para embrutecer al pueblo y poderle mejor estrujar después, y no saben ayudar a nuestra prensa como se debe, positiva, eficientemente, y es que no son más que esclavos del vicio, tabaco o alcohol, sensualismo o barbarie, juego o tontería chillona; pero si saben chillar y protestar cuando se les explota y ultraja, aunque no pase de ahí su actitud, ya que a los esclavos con tal de satisfacer sus vicios, se les domina fácilmente.

Es triste esto, muy cierto, pero es la verdad, y si ella no la podemos decir en bien de la prensa y del ideal, lo que lo sentimos como nadie, será cuestión de quebrar las plumas y quedarnos a casita con el pensamiento para nuestro uso particular. La vida de nuestras publicaciones serias y doctrinales, reclama un poco de virtud en todos; tengamos la de reconocer, al menos, nuestros errores y la fuerza de voluntad para enmendarlos en lo futuro.

LAUREANO D'ORE.

LA LEY

«Es la interpretación del Derecho»—arguyen los juristas con tono enfático inflado y egregio.—Y tras esa flor retórica y metafísica se quedan tan frescos. ¿Del derecho de qué? ¡Sepamos! Porque para el aquilata-miento de la enjundia y significado de ciertas frases hechas, por su duplicidad y ambigüedad, ha llegado el momento de «crear un diccionario» que facilite la interpretación de su etimología, como en las palabras.

Cuando un juez interpreta el derecho de un jovenzuelo que para evadirse a la indigencia, inspirado por ese alto egoísmo de los instintos, por ese apego a la vida, egoísmo bellamente humano, arrebató un pan, hace la conquista de un pan, ese juez lo adjetiva robo. Pero el mismo juez, en tertulia, ante el editorial de un diario financiero enseña a sus amigos el aumento de los dividendos que a sus acciones corresponden, por no saber donde está siquiera instalada la fábrica, o los infiernos de la mina en que durante un año surcó el sudor las frentes para arrancar los productos que produjeron el aumento, y el negociar así lo adjetiva derecho.

Es en esta antinomia que queda retratada la Ley; ya que en ambos casos interpreta el derecho: en el primero, conceptuando el hecho como un robo, tildando de ladrón

al jovenzuelo, y castigando, el togado, el delito; y en el segundo, vindicando el mismo juez para sí, cual «un derecho de ciudadanía», el producto del trabajo ajeno: en ambos casos «se cumple la Ley».

Así, pues, les ha faltado «un poco» para ser sinceros, a los definidores de la Ley. Hubieren dicho: «La Ley es la interpretación del Derecho a capricho y cuenta de los que la crearon» y estaríamos en un todo de acuerdo.

Mas la sinceridad nunca fue con los amigos de la trampa. Es por eso que se le presenta a las masas, se le brinda al pueblo la Ley, la legalización del robo, la legalización de la iniquidad de las oligarquías del Estado, de la burguesía opresora, parasitaria y maldita, como expresión y norma del Derecho.

Pero no es así. De sobra conocemos su origen, harto estamos al tanto de su finalidad, por eso no la acatamos, por eso la desobedecemos, por eso no escatimaremos los golpes para hundir su imperio, para aniquilar su prepotencia, para hacerla desaparecer.

Toda Ley es una cadena para el pueblo, y un arma para la burguesía; rémora al progreso y obstáculo para las libertades, es absurda, ominosa, abominable y odiosa

siempre. Las libertades no las garantiza la Ley; las impide, o las merma. Recordamos una anécdota que Pelletán cita en «La madre», para demostrar el papel de la ley frente a la libertad al tratar de la esclavitud de la mujer en la antigüedad.

Un Sultán que tenía en su harén cierto número de odaliscas a las cuales prohibía salir de sus salas de placer, decidió, reconociendo más tarde su derecho, brindarles alguna libertad por medio de una ley. He aquí ella:

«Artículo 1.º Concedo a todas mis concubinas el derecho; quedan en libertad de salir a donde les plazca.

Art. 2.º No podrán salir sin zapatos.

Art. 3.º Queda prohibido terminantemente a los zapateros, construirlos zapatos.»

He aquí la verdadera síntesis de la Ley. Cuando en algún artículo «se arriesga» a consignar algún trozo de libertad que reconoce al pueblo, en otro procura obstaculizar, hacer imposibles las circunstancias en que esa libertad podría ser efectiva y real. Es el continuo velo de Penélope, el tejer y destejer de la política para retener la atención y engañar al pueblo.

El hombre que por naturaleza es soberano no precisa de reglas enajenables, no debe tolerar limitaciones en el ejercicio de su voluntad. Su soberanía es inmune, inviolable; y su iniciativa para plasmar en hechos está por encima de las leyes; debe saltar, arremeter y violar el cuerpo de las leyes. Porque como ha escrito el joven poeta americano, Rodolfo G. Pacheco, «burlar la Ley, es lo mismo que robar a los ladrones: una forma de la intrepidez muy grata al hombre».

Contra la Ley, sobre la Ley, por encima de la Ley, la voluntad hecha nervio para sobrevivir y extenderse: como ideas o como hechos; según guste a las circunstancias, según lo exijan «las impertinencias de nuestros enemigos»: esto es todo.

X.

LA ILUSIÓN

En aquel desquite hebdomadario de sus dos existencias unidas y esclavas por el trabajo cotidiano, él dormía y ella soñaba.

Todos los domingos, a la suave y friolenta luz de amanecido, abandonaban el hogar estrecho, sórdido, y buscaban la calma empapada de cielo y con rumor frondal del bosque.

Cerca, lejos, sonaban risas, cánticos y carreras alegres de otros libertados a la monocromía de sus vidas cotidianas. Pero ellos habían descubierto un rincón afable y tranquilo, que las gentes parecían ignorar. Rincón que parecía propicio a tálamo de amantes, a refugio de filósofo, a complicidad de suicida.

Y, sin embargo, ellos proseguían en la amplitud de todo un día al aire libre aquel divorcio espiritual de los demás días en el fragor jornalero de la fábrica y en la penumbra húmeda del hogar.

Él se tendía rostro al sol y se tapaba los ojos con el sombrero. Ella se sentaba junto a él e iba arrancando hierbas y florescillas, que mordiseaba o enguinaldaba al ritmo lento y melancólico de sus ideas.

De cuando en cuando él blasfemaba por las hormigas que se le entraban en los oídos y en las narices; por el suelo que, engañosamente blando, al principio, le dolería el cuerpo a la larga. No tardaba mucho en dormirse. Dormía antes de comer con ese sueño ligero e impreciso de las mañanas; dormía después de la comida con un sueño pesado y brutal y sucio, que le babeaba los labios. Sueño de harto de vino y de comida grasienta, un sueño congestivo con el rostro rojo, sudoroso y los ronquidos bronceos...

Ella sentía entonces más que nunca la amargura de sus sueños frustrados, la ratificación fatal de su destino oscuro. Su juventud, sin belleza y sin halagos, la dejó intacta e insaciable la sed de su romanticismo. Aquel hombre la cogió un día como a las frutas colgantes de los cerezos de los vagabundos. La golpeaba el cuerpo, se bur-

laba de su fealdad, y jamás supo el encanto inédito de su corazón. Fueron quince, veinte años iguales con una misma librea de fastidio. Y durante ellos ni siquiera los domingos en la luz pura de los bosques.

Sólo entonces, cuando la plena madurez de los cuerpos y el más absoluto divorcio de las almas, él, obedeciendo los consejos del médico de la fábrica, decidió que todos los domingos salieran al campo. Y ella, que se había resignado a no esperar nada, a no desear nada, tuvo una enfermiza exaltación de las pretéritas ansiedades sentimentales. Su alma crepuscular, su alma otoñal, antes de cubrirse de sombra y de enfriar para siempre, sentía una dulce tibieza que la hacía llorar y se iluminaba con unos pálidos y melancólicos fulgores que le poblaron la imaginación de fantasmagorías.

Todos los ortos dominicales se despertaba con una canción y una esperanza: «¡Hoy será el milagro!»—pensaba. Creía en una posible renovación espiritual de él, en el premio de amor por tantos años de ayuntamiento estéril y animal.

Y todos los vespersos, al retorno entre la multitud ebria de sol, de vinos, de coplas y de besos, ella pensaba: «Tampoco hoy ha sido.»

**

Y una tarde cruzó por el lugar recóndito un ciego. Era un hombre alto, hercúleo, con las barbas aborascadas y negras, con los ojos plácidamente muertos, como en un éxtasis. Vendía tarjetas postales, que llevaba en un cajoncito colgado sobre el pecho, y hablaba con una voz cálida, cariciosa.

Ella le compró una postal que reproducía Constantinopla y otra postal que representaba un idilio de gentes bien vestidas a bordo de un yate de recreo, frente a la Costa Azul. Porque el ciego era como un mercader de sueños, que ofrecía a diez céntimos las ciudades y los deseos remotos.

Y no solamente en las frágiles cartulinas, sino en sus palabras, que parecían haber recogido toda la luz de los ojos apagados.

Fue un trotamundos ambicioso de los horizontes y de las aventuras. Ahí ahora, de cuando en cuando, le rebrotaba la comezón viajera.

Ella le escuchaba, le excitaba a que hablase. Su acento, tímido y dulce, iba como una caricia hasta el ciego, que paladeaba la belleza de la voz, sin conocer la fealdad del rostro ni la ruina del cuerpo.

Hablaban impunes, desdeñosos, junto al dormido en su sueño bárbaro y congestionado.

Llegó a ser una necesidad para ambos la charla dominical bajo las frondas y a la vera de aquel camino que era como una tentación.

Ella adquiría al principio las postales de amor y de países, igualmente negados a su pobreza. Luego el ciego no quería cobrarlas. Se las entregaba como si fueran flores o joyas. Le hacía elegir aquellas más románticas o las de más exóticos lugares para glosarlas en palabras que el tiempo y la confianza mutua fueron haciendo cada vez más apasionadas y más íntimas.

Finalmente, el ciego la propuso abandonar para siempre la ciudad y el hombre que dormía en el campo, seguir la tentación de aquel sendero que parecía embrujado como los de los cuentos y por donde ella veía desaparecer al ciego, erguida y negra su silueta a contraluz de los tramontes urientes.

Desde entonces, todos los ortos de fiesta decía con una audacia feliz: «Hoy será.» Y todos los vespersos repetía con una desdichada resignación: «No pudo ser.»

Pero un pálido domingo de noviembre ya no fue sólo una silueta negra la que se recortó en el límite visible del camino sobre el cielo incendiado. Ella servía de lazarillo a su amor ciego.

Cuando él se despertó, miró en torno suyo, gritó el nombre de ella muchas veces; recorrió hasta bien entrada la noche el bosque. Y, por último, regresó al hogar de la penumbra húmeda donde ella había vivido veinte años.

Al domingo siguiente y los otros domingos volvió él al bosque, esperando encon-

trarla. Ya no dormía, y acechaba los senderos, y suspiraba como un enamorado en la primera cita.

Pero ella no volvió nunca más.

JOSÉ FRANCÉS

La Pascua Roja

No es la Pascua del Pueblo, o la Pascua Roja, la que se celebra, no. Es la Pascua de la burguesía, la de la canalla dorada, la Pascua tradicional, arcaica y chabacana. La festividad del Niño Dios, que dicen nació en este día y que tuvo «por cuna un pesebre, por templo un portal». La burguesía, el capitalismo, toda la casta adinerada, de los países católicos, celebra una vez más su Pascua, como siempre, bajo techo, pisando alfombras, al abrigo de las heladas y resguardados del frío y las tempestades del hambre y la miseria, que sólo azotan el rostro de los hijos del trabajo, de los hijos del pueblo.

No faltará, de entre aquéllos, quien lleve al recién nacido, algunos fajos de billetes de banco y se los colocarán bajo la almohada, con el cristiano fin de que no falte al Redentor nada que pueda causarle molestias en su larga tarea de redimir al mundo... Con ello, la sociedad cristiana, les hará grandes elogios y sus nombres aparecerán en la prensa mercenaria y chantagista, como reclamo para cazar incautos.

No es, pues, la Pascua del Pueblo la que se celebra, aunque una parte del pueblo se lo crea y tome parte en la fiesta, danzando al son de panderetas y zambombas. Esta parte del pueblo aún duerme al arrullo de las canciones tradicionales y no acierta a comprender que sólo toma parte como payaso en una fiesta que sólo es fiesta, o Pas-

cua, de la canalla dorada, que lo explota y tritura bajo el peso del Estado, sostenido, sustentado y defendido por ella misma. La otra parte, no. Esta otra parte del pueblo que acaba de figurar en ese gran comicio de la Confederación, sabe ya tiempo ha, que en esta Pascua lo debe, en manera alguna, tomar parte, toda vez que ella es tan sólo la continuación de un estado de cosas, harto inicuo y cruel, que debe desaparecer de la faz del globo, y que desaparecerá, porque así lo exigen la dignidad y el derecho a la vida de todos los que constituyen el mundo del trabajo.

En esta Pascua, el pueblo productor, sentirá las mismas escaseces y los mismos anhelos de reivindicación que en las precedentes, porque no es, en realidad, más que la repetición del engaño, del vituperio, de la farsa y la vileza, como fruto de la sociedad cristiana y capitalista.

Bien pueden ir despidiéndose todos los sangrados sociales, de sus Pascuas, que ya éstas no tendrán fácil repetición en los anales de la historia del avenir; de un avenir que toca ya a los umbrales de las puertas del Alojzar capitalista.

La Pascua Roja, no se hará, no se debe hacer esperar por mucho tiempo ya. Que el pueblo productor lo quiera, sin rodeos ni cortapisas; que los paladines de la libertad atruénen los espacios con sus panderetas y zam... bombas. Que el canto de revuelta hiera el aire enrarecido por toda la pestilencia del estercolero social y venga abajo el viejo y carcomido edificio de la sociedad burguesa, para levantar sobre sus ruinas la Ciudad del Buen Acuerdo, sin amos ni vasallos, sin esbirros ni canallas, que hacen imposible la vida a los que quieren vivirla en toda su extensión y grandiosidad.

RADIKOFF.

BRILLAS

Introducciones a la Revolución

I

Que estamos en el proemio del estallido, nadie lo ignora; ni lo ignoran ni pueden ignorarlo cuantos viven las intensas agitaciones presentes, en uno u otro sector, desde uno u otro campo. Pero si el hundimiento del régimen, si la débaque de la sociedad actual es cosa palpable, que se ve llegar por sus pasos contados, no insta ello para que las masas descontentas y oprimas—aparte las minorías conscientes y orientadoras, que son el nervio de la Revolución—las turbas que van a remolque de los acontecimientos en lugar de «enjendrarlos», en lugar de originarlos, desconozcan su misión llegado el trance supremo de echarse a la calle, y sean, con esa desorientación, una fuerza voluble que lo mismo puede ser fiel a la Revolución, que contribuir a asesinarla, a las órdenes de cualquier tiranuelo que levante bandera en el fragor de la vorágine, y quiera utilizarla aprovechando las inquietudes de la revuelta, para estatuir sus planes dictatoriales. A orientar a esas multitudes con la mayor rapidez posible, deben dedicar sus esfuerzos, en los postreros lapsos de esta transición que agoniza, las huestes, los hombres de la Revolución. No ha de ser todo fiado al valor, al arrojo, a la audacia y a la temeridad de las minorías precursoras. Es preciso que cuando la revuelta se inicia, que cuando la Revolución estalle, no sea la acción «manjar» ignoto para las turbas; que éstas, vírgenes en su ignorancia de la dirección que han de dar a sus brazos, sin que un rayo de luz les viole la mente, no sean una recua de cerros, balumba, aluvión de carnaza, fuerza muerta, que tengamos que remolcarla accionando para que no obstaculice nuestra marcha. Hay que conjurar los peligros que pudieran acarrear los titubeos, una vez desbaratado el poder del Estado, una vez destronada la autoridad, y dueños, árbitros de la situación en la calle.

Las indecisiones no deben ser; se ha de evitar la posibilidad de su planteamiento. La rapidez, la decisión y la firmeza en la concepción de las ideas, debe ir aparejada, complementada, adjunta, sin solución de continuidad, con las mismas imperiosas cualidades, a la trasmutación inmediata de éstas en hechos.

Conviene abandonar la tradición jacobina de confiar el éxito y la suerte de la Revolución a las decisiones de un jefe y hasta de un directorio. Lo acaecido en España en 1917, debe abrir los ojos a muchos. En aquella fecha, detenido el Comité de huelga en Madrid, que era «el alma», la cabeza visible del movimiento, a quien la organización confiriere plenos poderes para realizarla y orientarla, la desorientación y el decaimiento anímico de las multitudes, fué mayúsculo, y él fue gran aliciente para el fracaso de la intentona. Y esto hay que evitar que se repita.

Aparte los peligros de otra índole, que no es esta ocasión de enumerar, el «centralizar» los movimientos de la Revolución y hacer emanar éstos de las órdenes de un jefe, de una dirección única—personal o pluripersonal—acarrea los contratiempos, el peligro de verse, con la detección y prisión de dicha j-fatura, directorio o comité, secuestrado, aislados sus focos, y descuartizado el movimiento; a más de la decepción, el decaimiento moral que con ello no se puede neutralizar en las masas.

Para que ello no sea así, nosotros creemos que pleneado un movimiento, deben coordinarse los puntos de vista, las tácticas y estrategia que tras detenido estudio, prometen con probabilidad satisfactoria de salir victoriosos en la empresa; concertar entre todos los grupos revolucionarios la unidad de acción, el plan a desarrollar y puntos de recepción a que deban ir a descargar las furias del pueblo, donde deban ir a alojarse nuestros golpes; buscando y soste-

niendo la comunicación y relación entre todos los focos revolucionarios, que deberán ser tantos como pueblos y localidades. Pero concertados los fines, los propósitos del movimiento en cada pueblo, el peso de orientarlo y adoptar las decisiones que las circunstancias reclamen, no ha de ser obra que obedezca a órdenes esperadas del exterior que, como suele ocurrir, bien por interrupción de las líneas de comunicación, o bien por la muerte o detención de quienes deberían darlas, nunca lleguen; prolongando la indecisión y el estancamiento de la Revolución en un sector, que de haber utilizado la decisión y la rapidez en el obrar, hubiere triunfado. No; conveniendo el plan de ataque, para llevarlo a la práctica hasta sus últimas consecuencias, han de tomarse y emanar las decisiones de las fuerzas revolucionarias, de las minorías sublevadas que dentro del pueblo, de la ciudad, de la localidad, actúan en la calle. A más que la rapidez, en ciertas empresas, es la clave del éxito; así se anula esa indecisión que a veces se origina en espera de órdenes; en lo más crítico, en lo más álgido de la contienda, a la vez que las muchedumbres de una plaza conquistada o en camino de conquistarse por la Revolución, se vean de golpe desmoralizadas al conocer que el Comité Central, que «era» quien inspiraba sus decisiones, sus movimientos, sus actos, ha caído en la calle, se ha vendido o es preso.

SERGIO KUROF.

(Continuadrá.)

FLORALINDA

Es la asunción albina del crepúsculo..., derramando en flauto sus perlas, sobre el arriño que despierta. «El Lucero» yace en la soledad y en el silencio, cual sumido en la consunción del sueño eterno. Entre amadelfos de abedules y absides de cipreses, «El Lucero», es un cortijo andaluz de muy amarga historia. Entre las frondas lánguidas del árbol manso, parece una tumba. Refleja menos luz que una acamptota; no tiene más que tristeza su contorno; es una flor sin cáliz. La leyenda le hace protagonista de una intensa tragedia, y hasta los pájaros parecen huir para no profanar esa leyenda con el trino eterno de sus églogas.

Cuando nosotros le presenciamos, el lubricón «pincelea», suavemente, la pureza de su cobalto, con la escarlata y púrpura del horizonte; algo como la sofocación del candor herido; se sonroja cual las mejillas de una virgen núbil: es la aurora que le ruboriza de pasión, con sus ósculos encendidos, en el cantor idilio de la mañana.

Esta casa parece la evocación del Dolor. La poesía árabe de sus arcos, el beso helado de sus ojivas, la rigidez de esfinge de sus ajimeces, y hasta los líquenes desparramados por las arrugas de su rostro, no producen sino muelas de pena. Si quisiésemos metaforar su imagen con una flor, diríamos que es una pasionaria con cáliz roto.

En otros tiempos más plácidos, esta quinta no era así; aquí reía la Vida y el Amor cantaba. Aquí moraban antes otras almas distintas de las que hoy le habitan. Aquí anidaban antes dos seres, esculpiendo con poesía la canción de los besos, el idilio azul y rosa de sus quimeras; y sólo un angelín pequeño, que «habían guardado», les hurtaba la ráfaga venusina, el centellear de las estrellas constelales que cambiaba el cielo de sus ojos, en la noche profunda y negra de sus mutuas pupilas. Floralinda vino a la Vida entre las arpas paganas y davidicas de aquel verso pantéico... Floralinda era, al medio lustro, la efigie, el ídolo del ensueño. Hebrequinas de oro, introduciéndose, temerarias, rostro a las mejillas, en dos bucles enortijados. Isopétalos de jazmin en capullo, eran sus labios... Por ojos tenía los charquecillos de dos agnamarinas... Y en el marfil ebúrneo de la carne, las venecillas, figuran ríos bifurcando el arriño de un paraíso con la dulce corriente de un agua azulada.

Cuando al caer de la tarde, asomando por el ajimez, sacaba la bola de oro y nácar,

que semejaba su cabecita, por entre las macetas de jacintos fragantes que le empavesaban, dos claveles carmíneos engrosaban la flora de los cármenes: era el tinte de grana que le repujaba las mejillas...

Pero un día cometieron el pecado de dar hospitalidad a un alma negra. Este, como todos los cortijos andaluces, están bajo la mano feudal del latifundista, del cacique, «del señor», expuestos a todas las conumaces villanías que a este felón, que a esta variedad de hiena con levita, le pluga su capricho cometer. Esta plebe de ogros con dinero, son un peligro constante que hay que hacer desaparecer, que hay que tronchar como sea, de cuajo, para que no retorne, por razones de paz y salubridad social. Este espurgo y saneamiento debe iniciarse cuanto antes el pueblo; porque es un cargo de conciencia para la humanidad.

Y bien; este día a que aludimos, era la mañana también. Ellos estaban entrelazados en la aurora incendiada, libando besos, cuando llegó el cacique. El rubor del horizonte, ya hecho sangre, mostraba como una llaga blandamente bañada. Sin ser visto llegó hacia ellos. Era «el destino» que venía a destrozar la epopeya de dos almas errantes... Al mismo tiempo un puñal de fuego rasgaba las brumas de oro; como vomitado por las olas en un cólico del mar: ¡era el Sol!

Han pasado unos días... El «señorón» se ha alojado en la quinta. La sencillez ingenua, de paloma incauta, de esta familia, está en las garras carniceras del halcón. La hermosura de Rosalía la cree el cacique de su propiedad. Una tarde en que la madre de Floralinda salió a la fuente, obscurecía ya. Venus reía como nunca. Las sedalinas que tejía Selene, eran de plata. Un manto blanquecino como la nieve, iluminaba los cármenes. Plafía el grillo en porfía de apuesta, en franco reto con la cigarra. Los surtidores silvestres de la fuente, pulsaban entre la soledad, y en el silencio augusto de la noche, los suspiros de un madrigal, cual aludes y agonías de flauta, arrancadas con nota mágica, por las manos de un querubín. El lago que se extendía a los pies de la fuente, azogado por la acuarela de la luna, retrataba como un espejo las imágenes de las frondas... Flúan aromas, exhalados, como suspiros, por penas de las flores, dando intensos perfumes, cual de incienso, nardos y violas... De pronto Rosalía lanzó un grito: el cristal del lago delataba la silueta tras los juncos, de un hombre en acecho.

—No grites, soy yo:—arguyó otra voz.—La sorpresa entonces fué mayor. Aquel hombre era el huésped, el señorón, el cacique a quien dieran morada.

Rosalía, tras el escudo frágil de un acanto, esquivaba su cuerpo a las miradas lúbricas de aquel póttervo, rebusando en la imaginación la causa del encuentro. El carmín, encendiendo sus mejillas, le transfería la tez como los rosetones de dos peonías, con la transparencia del ágata. El clavaba la puñalada de su faz torva, con toda la violencia del deseo, en el sacro azabache de aquellas dos pupilas, más negras que la noche... Un aïx de pluma blanca, rizada como de oca, chirriando cruzó los cristales del lago. Las espadañas, con lirio acuático, daban también sus cantos sopladitos por la brisa. La luz de las lucérnulas fulgía con toda la brillantez de que es capaz esta planta.

—No te escondas, nada temas, quiero hablarte—rompió él y avanzó un paso rostro donde estaba ella.

El murmullo de las ramas parecía un canto de Valkirias. A ella le golpeaba el corazón con más fuerza que nunca.

—Es preciso—agregó él—que me atiendas y me complazcas si no quieres que te pese: Cuatro años llevas en mis dominios y nada es había pedido.—Y al decir esto pegó el salto del tigre sobre la frágil valla del acanto; pero con tanto ímpetu como llevaba, encontró la hoja de un puñal que se le entró en el alma, y resbalando, cayó al charco, mientras ella se escurría en la selva, como una ardilla, con idéntica veloci-

dad y rapidez que el viento... Esta es la leyenda...

Aquel suceso impresionó lo más hondo estos caros contornos. El señorón murió; pero la negra entraña de sus deudos, apelando a toda su influencia, hizo que se ahorcase a los padres de Floralinda, y ésta, recluida en la «maternidad», allí quedó huérfana. No se supo más de ella...

Hoy «El Lucero» le habitan ellos mismos; llevan la mancha de aquel doble gran crimen, que entenebrece lo que tocan; por eso está tan triste... A su servicio tienen varios criados que están tristes como él...

Hoy dan una cacería con toda la caciqueña de este suelo y organizan la fiesta, con su anuencia: Es el festín de las hienas...

Es ya la tarde... Entra el día harto mustio en las tinieblas de la noche. Las coronas de las montañas son nubes de escarlata. El Sol en su hundimiento deja rastro y reliquia; oculto por los crespones, se rebela contra la noche, y en el punto de su declive sube aliento de fuego. El horizonte parece sangre, cual los regueros de una guerra en los cielos...

El regreso de la cacería es ameno: por entre frondas, junto a los lagos que retratan la risa de los mundos que juegan; de las estrellas ensortijando effluvis, ritmos de luz cantora...

Los sirvientes de «El Lucero» preparan la mesa... El movimiento para la orgía de la cena, es inusitado... El adorno del salón ha sido confiado a la sirvienta—que ha sido florista—y lo ha llenado de guirnalda de hiedra, flores y enredaderas. Como un tronco en la pared, y en la cabecera de la mesa, ha puesto el escudo, los blasones señoriales de la casa, con su panoplia y armas. La mesa semeja un jardín. En el centro, muy bien confeccionada, ha hecho una montaña, igual que una pirámide, figurando un volcán.

Por fin llegan. El regreso de los comensales da vida a «El Lucero». La servidumbre corre semiatruida de un lado para otro... Los invitados contemplan extasiados las primicias de la ornamentación. El «volcán» es tan acabado, que parece obra de orfebrería. Todos admiran el genio artístico de la sirvienta...

Por los camareros se sirve el entremés... La criada introduce una cerilla por el cráter del volcán y éste empieza a echar humo, humo oloroso, fragante, como delicado pebetero. La estupefacción es grande... La admiración de los comensales es extrema, llega al lirismo... Ella riza sus labios con la sonrisa halagadora del triunfo y se retira... La bacanal entra en su apogeo... De pronto, una detonación formidable, como el hundimiento de los mundos conmocionó la tierra, y «El Lucero» sólo fue polvo y llamas.

—¡Venganza!—gritó una voz.—¡He cumplido mi signo! ¡venganza!... ¡Para esto viví!... ¡por esto os serví! ¡para la venganza!...

El «volcán» estaba lleno de dinamita... Aquella voz, aquella mujer, era la sirvienta: era Floralinda... Los ojos le fulgían como dos ascuas. La luna era potente. «El Lucero» incendiado parecía una aurora. Ella marchó en la noche, resuelta, como el rayo; brillaba en su epopeya mucho más que la luna. Junto al lago cantaba el ruiseñor... Y la concavidad de la sierra, repetía en el silencio de la noche, como un continuo hosanna, eleco acusador de aquel grito: ¡¡Venganza!... ¡venganza!... ¡venganza!...

MUSA DEL PARNASO.

IMPORTANTE

Nuestro corresponsal en Barcelona nos notifica que alguien le ha insinuado si nuestro fondo del número 4 era de Rafael Rueda López. Nos es muy interesante hacer constar: QUE NI AQUEL ESCRITO NI NINGUNO DE LOS INSERTADOS EN ESTA HOJA, SON DE DICHO INDIVIDUO. Aquél, como todos los fondos, son editoriales de puño y letra del Director de REBELIÓN, que nada tiene que ver, ni tiene el gusto de conocer a dicho sujeto. Conste así para todos.

Idea de la divinidad a través de los siglos

VII

Y vamos, en nuestra rápida revista retrospectiva de las antiguallas del deísmo, a ocuparnos hoy de las fechorías del mito, en Roma.

El mundo antiguo, puede decirse que, entregado de lleno a la salvajería y manía de las guerras, tenía en éstas la base y pedestal de su existencia. Una victoria terminaba la prosperidad y apogeo de un pueblo, de los dominadores de un pueblo: porque el vencedor extremaba la rapiña, extremaba el pillaje hasta arrancar o destruir todos los adminículos que eran fuente y tesoro de la civilización del vencido. Por el contrario, una derrota suponía, hasta cierto punto, el hundimiento de una civilización. El poderío se apoyaba en las armas, no en las letras. Así, pues, se explica que cuando la Roma bárbara, personificación de la fuerza bruta, cayó sobre Grecia; cuando las legiones, la soldadesca de occidente, aplastó y conquistó la independencia y el poder político de la Grecia, se llevó con las riquezas y portentos de su arte, el apogeo de su civilización; es decir: con el hundimiento de Grecia se enriqueció Roma. Y, cosa rara, el vencido y aplastado dominó, en el cautiverio, con su espíritu artístico, su filosofía, sus costumbres y sus letras, en los primeros tiempos que siguieron a la derrota, la vida del dominador (véase la Historia de Roma).

Fue así que la religión griega, aunque sin las ráfagas y aureolas del Arte con que la recubrió aquel pueblo—porque el genio, el temperamento artístico, hasta cierto punto es inmanente, es innato; y esta cualidad étnica y psicológica de la emotividad sentimental de un individuo, de una raza o de

un pueblo, no ha habido *sabio* que arranque a los arcanos del enigma el secreto de transferirla—fue así que la religión griega—repetimos—encarnó, aunque desnaturalizada, con los mismos mitos, con los mismos dioses, en la superstición y fanatismo de los sucesores de B eme.

Roma plagió a Grecia todo el ceremonial de sus ritos hieráticos, hasta el punto de tener la cronología genealógica de la misma fábula litúrgica, en su mitología. Y aunque algunos con distinto nombre, todos tenían asignado el mismo papel, eran *dispensadores* de las mismas *virtudes*. Júpiter, el Zeus de Grecia, en Roma era «el amo»; el jefe de toda la corte y consagración celestial. Marte era al igual, el genio bélico, el espíritu alentador de la guerra. Y lo mismo los restantes *ejemplares*.

En cuanto al ritual, las dewardasi de la India, pitonisas en Grecia, en Roma son vestales. La pagoda, el Oáculo de Delfos y el templo de Vesta, ofrendan los mismos sacrificios, vomitan las mismas profecías; siempre tienen igual inspiración; la *vesania* insaciable de la casta sacerdotal cultivando la pamema para fomentar la insania de la chusma fanática, afianzándola en la esclavitud y sustrayéndola por el temor y la promesa, sólo la *promesa*, del bienestar futuro, de la gloria ultra-muerte, granjería, dádivas y prebendas para la orgía, para la bacanal, para el ludibrio sacerdotal de un pueblo que había de fomentar con mano férrea el principio de autoridad, transfiriendo las iniquidades malditas de su derecho a las generaciones venideras.

FRAY ANTONIO DE HORTENSIA.

(Continuará.)

LA FAMILIA

II

El hombre primitivo vivió en el estado natural; y vivió en el modo siempre al pecho de la madre tierra. Cogía la fruta que estaba al alcance de su mano, como bebió el agua de las fuentes.

Prologó así un cierto lapso de tiempo este estúpido estado de inocencia, un *deco* sin tentación; como el niño sobre el seno de su nodriza, mudo y encadenado a este alimento espontáneo que brotaba del follaje.

Vivía desnudo, cubierto cuando más de un follaje trenzado, y revivía por la generación a la sombra del lecho murmurador del bosque.

Repleto de dicha, no tenía que desvivirse para mantener la vida, porque encontraba siempre el alimento sobre el árbol, al aire libre.

Fue necesario que el sufrimiento hiciera vibrar su espada de fuego sobre la frente del hombre, y le marcara su destino: el trabajo.

Pero para esto hacía falta un agente que provocase la acción, y este agente fue la necesidad.

El hambre es nuestra inspiración primera y la que ha determinado sucesivamente cada forma de civilización.

El hombre empieza por vivir de la cosecha, pero el fruto no dura más que una estación.

Hambriento entonces, al pie del árbol desprovisto de frutos, tiene que lanzarse en busca de otra subsistencia; y se hace cazador.

Pero débil y desnudo entre todos los animales, el hombre contempla sus manos desarmadas, y haciendo un examen sobre su debilidad, encuentra enseguida armas y fuerzas desconocidas ocultas en esa ciudadela sagrada que se llama después su inteligencia. Encuentra las primeras ideas de esta facultad y las emite en formas de flechas, hondas, lazos y clavos. Se convierte en este segundo período de su existencia en un animal de presa, armado de su inteligencia.

La caza resulta más fácil, cuanto mayor

es el ánimo de los cazadores. El hombre se agrupa para la batida y persecución de la caza; y crea la primera forma de sociedad; sociedad rápida, improvisada por una necesidad, extendida por esta circunstancia. Tiene además precisión de avisar a gritos de un puesto a otro, el paso de la res, y en virtud de la facultad que tiene de traducir su pensamiento por el sonido, encuentra la palabra.

Durante el curso de su vida carnívora, el hombre no tiene patria; toda la tierra, el mundo, donde pisa, es su patria. No puede aventurarse más allá de los vados o desfiladeros que conoce, en busca de una incertidumbre; porque si llegara a engañarse, pagaría con su vida esta curiosidad del espacio. Toma, pues, las costumbres más o menos sedentarias de las diversas especies de caza. Busca o construye una choza o una madriguera en su límite y a su alcance; come cuando mata, duerme cuando ha comido.

La fuerza es la primera arma brutal de la materia. El cazador le debe su seguridad, su reposo, su seguridad en la lucha y en la carrera. Considera, pues, la fuerza como la más alta prerrogativa de su ser, desarrolla su lujo con orgullo, y le da en su vida todo el lugar que más tarde ha de ocupar el pensamiento.

El amor no es más que una aplicación de la fuerza a la reproducción de la especie. El hombre doma a la mujer con la misma crueldad que a la fiera del bosque; la abate a fuerza de golpes, para hacerla suya. Sin embargo, cuando la ha arrastrado desmayada por los zarzales, ha sentido latir bajo su mano de hierro ese corazón amante de la mujer que ha de perfumar un día con su ternura todas las generaciones, y se ha alejado turbado. Ha vislumbrado vagamente por la primera vez el pensamiento, el arrullo en ciernes del amor que había de ser egida de la familia, pensamiento y arrullo fugitivo, nacido y muerto entre un beso y un sollozo.

SAGITARIO.

(Continuará.)

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Elda.—F. J. Recibidas 2 pesetas por paquetes.

Villamartin.—M. E. Id. 0'50, por suscripción.

Barcelona.—J. R. Id. 22, por paquetes.

Elche.—M. L. Id. 8; para *Solidaridad Obrera*, de Bilbao, 3; para *Bandera Roja*, 2, y para vosotros, por paquetes, 3.

Alcoy.—J. N. Id. 4, por paquetes.

Jerez.—J. C. Id. 11'30. De vosotros por

paquetes, 8'50; suscripción de Guerrero, 0'50; de F. F., para donativos pro-REBELIÓN, 0'30; para *La Razón*, de S. Fernando, 2 pesetas. No tenemos números atrasados.

Sevilla.—G. los Superhombres. Id. 8, por paquetes.

Calella.—D. A. Id. 2, por paquetes.

Jerez.—A. C. Id. 3. Para Helios, 2'50; 0'25 donativos REBELIÓN y 0'25 para presos.

Mataró.—J. P. Id. 4, por paquetes.

Santa Lucía.—F. F. Id. 3, por paquetes.